

ANARQUIA Y COMUNISMO

Si la revolución tiene la virtud de transformar el Mañana en Hoy, el período de transición se sitúa en el límite entre ambos: noche larga y sostenida cuyas sombras no terminan nunca de disiparse.

El anarquismo niega la noche. El marxismo la considera inevitable, aunque añade que el anhelado Mañana despuntará inexorablemente, en tanto que Hoy, por la propia extinción del manto nocturno. El Estado, tras su última metamorfosis, está condenado, según Marx, a la autoinmolación.

Y así, los hijos malditos del Capital se arrojan a la hoguera revolucionaria con la esperanza de que el Futuro y el Pasado (en cuyos antros de ensueño han vivido hasta entonces) sean por una vez Presente, y ebrios de Vida (pues el Pensar y el Proyectar se han traducido por fin en Acto), destruyen lo existente y edifican sobre sus cenizas un nuevo orden social.

Para los anarquistas esta edificación se realiza a partir de cero (entendámonos: no a partir de un cero total, pues lo que se destruye no son los medios de producción, ni mucho menos los productos del trabajo humano, sino la organización social en cuyo marco se produjeron unos y otros, y ello con la intención de producirlos de otra forma). Para los marxistas, en cambio, y con objeto de que la revolución no sea estrangulada en sus inicios, sobrevive durante un tiempo parte del viejo orden burgués, y corresponde al proletariado (la clase destinada por la Historia a diluirse —después de haber liquidado a su otro-yo, la burguesía— en una sociedad que, por carecer de clases, no necesitará tampoco de Estado) evitar que esta parte podrida de la sociedad corrompa al fruto lozano (fruto que, desde el momento mismo de la revolución —o mejor: desde que la revolución estalló, ya que el período de transición es todo el revolucionario—, comenzó a tomar forma en las fábricas, en los barrios y en las aldeas). Por poco astuta que sea su vigilancia, el resultado de la lucha le será favorable (y, por lo tanto, favorable al pueblo y a la sociedad en general).

A un tanque, mientras no se demuestre lo contrario (los hay que lo han intentado), no se le puede combatir con flores: alguien debe empuñar el bazooka que lo haga saltar por los aires. Este alguien, para que su acción resulte eficaz y conduzca a la victoria, debe coordinar sus disparos con los de otros hombres apostados en otras bocacalles: hombres, como él, escogidos entre las filas del pueblo (o surgidos espontáneamente de ellas, según los gustos) por su valor, serenidad, arte en el manejo de las armas o capacidad de organización. He aquí el embrión de un nuevo Estado y de una nueva clase dominante.

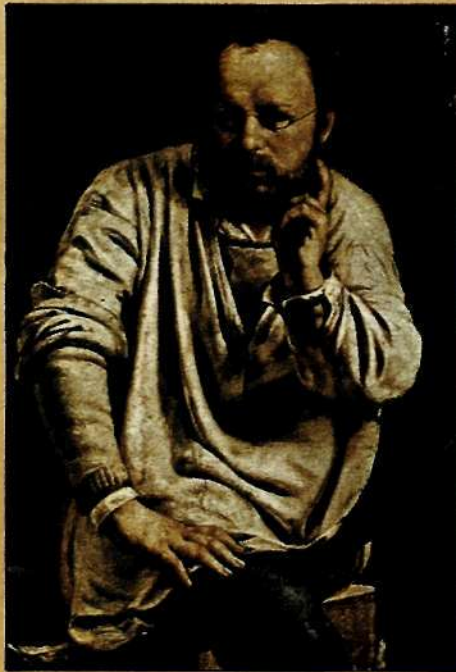
Dicen los anarquistas: "¿Cómo se puede esperar que una sociedad equitativa emerja de una organización autoritaria"(1).

Responden los comunistas: "No discrepamos en modo alguno de los anarquistas en cuanto a la abolición del Estado, como meta. Lo que afirmamos es que, para alcanzar esta meta, es necesario el empleo temporal de los instrumentos, de los medios, de los métodos del poder estatal contra los explotadores, igual que para destruir las clases es necesaria la dictadura temporal de la clase oprimida"(2).

Para combatir a las legiones del Mal parece ne-

o de como tomar el poder sin ensuciarse las manos

CARLOS TRIAS



cesario, por tanto, disfrazarse de Satán. Pero resulta que el Mal es omnipotente, y como la revolución mundial se hace esperar, el Bien debe seguir llevando unos años más el disfraz y, al mismo tiempo, postergar hasta nuevo aviso la radiante irrupción del Mañana. Los disfraces satánicos, por otra parte, son arteros, corrosivos y seductores como el personaje de quien toman el nombre (y al que sirven), y llegan a identificarse hasta tal punto con el alma de quien los lleva que hacen olvidar a éste el objetivo por el que se disfrazó, convirtiendo al instrumento en fin último de sus actos. Y así, un buen día el pueblo despierta y descubre que las ventanas del Castillo están de nuevo iluminadas y, dando pábulo a su inagotable fantasía, imagina (pues le está vedado comprobarlo) que las lúgubres e inaccesibles dependencias de Palacio han sido ocupadas otra vez por Satán y, lo que es peor, por un Satán mucho más poderoso e inexpugnable que el anterior, pues practica el Mal simulando el Bien.

A veces parece, en efecto, como si a las proletarias se pudiera aplicar el cuento marxiano de las revoluciones anteriores: "todas perfeccionaron esta máquina (el Estado) en lugar de destruirla"(3).

¿O es que las revoluciones ocurridas hasta la fecha no han sido, estrictamente hablando, proletarias? ¿Pensó Marx, al elaborar su teoría, sólo en las sociedades capitalistas desarrolladas? "El Estado burgués sólo puede ser destruido por la revolución. El Estado en general, es decir, la más completa democracia, sólo puede extinguirse"(4). ¿Tendremos que esperar a que triunfe la revolución en los centros imperiales para ver si la profecía de Marx se cumple y el Estado, una vez el proletariado en el poder, se extingue o no? ¿O quizá será necesario un pequeño empujón —léase una nueva revolución— para ayudarle a extinguirse? ¿No corremos el riesgo, si nos limitamos a esperar, que cuando nos demos cuenta sea ya demasiado tarde y nos encontremos a un Stalin (o a un Breznev con su corte de notables) instalado cómodamente en el trono central del Castillo? ¿Es inexorable que toda revolución aislada y acosada se corrompa? ¿Cómo impedir que la máquina ingenierada para desalojar del Poder a los explotadores se vuelva contra los propios hombres que la ingeniaran y contra aquellas masas por cuya emancipación se puso a funcionar? Mao intentó resolver el problema aplicando la "línea de masas", práctica destinada a corregir la tendencia existente en toda vanguardia a distanciarse del pueblo y sustituirlo en sus decisiones. Pero el propio Mao —que no dudó en capitanear una segunda revolución cuando un grupo de burócratas enquistados en las altas cumbres del Estado y del Partido intentó valerse de estos instrumentos para sentar las bases de una nueva sociedad clasista (como hiciera con éxito un grupo de la misma especie en la URSS)— repitió una y otra vez que era ingenuo cantar victoria mientras no triunfase la revolución en todo el mundo: lo viejo acecha por todas partes y cualquier día el pueblo chino despierta con el Mañana situado en su sitio. ¡Ay! ¿No huele a trotsquista esto de la revolución mundial? ¿Fue también Mao un agente del III Reich, lo mismo que Trotsky, Andrés Nin y tantos otros luchadores antifascistas? ¿Resul-

tará ahora que su viuda lo era de la KGB, de la CIA o de sabe Dios qué extraña potencia interplanetaria? ¿Y para qué seguir hablando del anarquismo cuando "es de dominio público" que Bakunin pertenecía a los servicios secretos del Zar? (Por cierto, ¿quién nos asegura que Marat no era un agente de los ingleses o que Robin Hood no seguía al pie de la letra un maquiavélico plan del Gran Turco para desestabilizar a la Cristiandad? ¿Fue Cristo un provocador a sueldo del Imperio Romano, cuya misión consistía en agitar a las masas para justificar la intervención de las legiones y el fin de la autonomía palestina?)

Si la dialéctica del Poder contamina, no es menos cierto que la práctica del no-Poder conduce a la indefensión. De esto se dieron cuenta los propios anarquistas, quienes, activistas incorregibles (pues para ellos, lo mismo que para los marxistas, el pensamiento tiene tanto más valor cuanto más susceptible es de traducirse en acción), comprendieron la necesidad de organizarse: "para el triunfo de la Revolución sobre la reacción es necesario que la unidad de ideas y de acción revolucionarias encuentren un órgano en medio de la anarquía popular que será la vida y la energía de la Revolución. Este órgano debe ser la asociación secreta y universal de los Hermanos Internacionales" (5). ¿Qué diferencia hay entre esta asociación secreta y la tan temida vanguardia leninista? ¿No contrae aquélla el mismo peligro de distanciarse de las masas y caer en la trampa del Poder? ¿O por el hecho de llamarse anarquista el peligro está mágicamente conjurado?

El problema no reside en la denominación de estos grupos, ni en la teoría, más o menos elaborada, que alumbra su práctica. Ciertamente si existe una justificación teórica de la práctica política el peligro es mucho mayor que si esta práctica está repudiada por principio. El núcleo del problema reside en el destino último de las organizaciones, asociaciones, vanguardias, federaciones o Partidos, llámense anarquistas o comunistas, creados de común acuerdo por un puñado de hombres libres para enfrentarse con posibilidades de éxito al enemigo y emancipar al pueblo (o, utilizando terminología anarquista, para despejar los obstáculos que impiden al pueblo emanciparse por sí mismo). En efecto: ¿Cómo y cuándo disolverlos? Es decir: ¿cuándo ha concluido realmente la amenaza de una contrarrevolución? Y, por otra parte, ¿quién los disolverá? ¿La propia vanguardia? ¿Se auto-liquidará entonces? ¿O habrá que recurrir al pueblo para hacerlo? ¿Y quién enfrentará al pueblo con "su" vanguardia? ¿Otra vanguardia?

Se mire desde donde se mire, todas las flechas conducen al mismo lugar: mientras haya división del trabajo, unos hombres podrán maquinarse más cosas que otros, y las élites revolucionarias seguirán aflorando. ¿Cómo impedir que estas élites se erijan en una nueva clase dominante? Sólo cabe una alternativa: que la línea de demarcación entre ellas y el pueblo sea lo menos nítida posible, y más que de una vanguardia unida, consciente y organizada (y de un Ejército Popular), pueda hablarse de unas masas unidas, conscientes y organizadas (y de un pueblo en armas).

LA PREMONICION DEL ESTADO BUROCRATICO O EL FIN NO JUSTIFICA LOS MEDIOS

"Si el capital y el poder no existieran, el socialismo los inventaría"
(Proudhon).

Al señalar como tarea fundamental de la revolución la abolición del Estado con todos sus objetivos, Bakunin proponía de hecho un tipo de organización social radicalmente distinto del que tuvo sus orígenes en el Renacimiento y se desarrolló al amparo de la progresiva instalación de la burguesía en la cúspide del poder económico y político: "Cada individuo, cada asociación, cada comunidad, cada región, cada nación tiene el derecho absoluto a la auto-terminación, a asociarse o no asociarse, a aliarse con quien le plazca y a repudiar sus alianzas sin considerar los así llamados derechos históricos o la conveniencia de sus vecinos" (6). Las asociaciones creadas de esta forma se unirían libremente en Federaciones de comunidades, provincias, regiones y naciones, hasta culminar en la Federación Universal de los Pueblos (no es un azar, por cierto, que semejante propuesta hallara tanto eco en un país como España donde nunca llegó a consolidarse el Estado unitario y centralista de corte francés, y resulta ingenioso por el mismo motivo pensar que el anarquismo haya sido desterrado, en tanto que idea con arraigo en las masas, de nuestra



Stalin: la contaminación del poder

geografía, pues todos los problemas que lo popularizaron antaño siguen en pie: el federalismo bakuninista enlaza con el deseo íntimo de todo español (sea vasco, castellano, catalán o andaluz) de sacudirse un Estado que le viene estrecho (Estado que históricamente ha resultado mucho más brutal y sanguinario que cualquier otro Estado europeo precisamente porque necesita encubrir a sangre y fuego la invertebración secular sobre la que se asienta) y recuperar de alguna forma aquella increíble variedad nacional, étnica y racial del Medioevo, verdadera edad de oro de nuestra historia).

Bakunin era, por encima de todo, un anti-autoritario y, como buen hijo del Romanticismo, encarnaba y adoraba al Hombre en mayúscula, afirmando de un modo casi desgarrado la libertad individual. Recelaba de la concepción marxista del Estado proletario porque veía en éste una nueva máquina que, tarde o temprano, y con la excusa de la defensa de la revolución, acabaría aplastando al individuo. En Marx veía a un alemán más, fascinado como todos los de su tierra por la idea del Estado, y en el socialismo estatal una adaptación a los nuevos tiempos del ideal ilustrado: "Todo para el pueblo pero sin el pueblo." "Cualquier teoría lógica y clara del Estado está fundamentalmente basada en el principio de autoridad, es decir, la idea craincamente teológica, metafísica y política de que

las masas, siempre incapaces de gobernarse, deben en todo momento someterse al yugo benéfico de una sabiduría y de una justicia que les son impuestas, de una manera u otra, desde arriba" (7). El Estado proletario, en tanto que Estado, no escapa a esta regla, y el Partido Comunista sería la nueva asociación de ilustrados llamada a reconstruir el monstruo desde sus cenizas. Meterse en la dialéctica del poder equivale a postergar sine die la revolución o, una vez estallada, a encauzarla y a frenarla. Y ello porque un Estado "debe devorar a menos que sea devorado, conquistar si no quiere ser conquistado, esclavizar si no quiere verse esclavizado, ya que dos poderes, similares pero alienados entre sí, no pueden coexistir sin destrucción mutua" (8).

El Estado, como encarnación del Poder (ni los anarquistas ni los marxistas, por otra parte, se plantearon seriamente el problema del poder en su totalidad, limitándose a narrar sus manifestaciones y a erigirlo en un fetiche que se toma o que se repudia), es la fuente de todos los males, y la política, como ejercicio del Poder, algo execrable y abyecto: "No hay horror, crueldad, sacrilegio, perjurio, impostura, transacción infame, cinico robo, saqueo directo o traición truculenta que no haya sido, o que no sea, perpetrado diariamente por los representantes de los Estados, sin otro pretexto que esas palabras elásticas y sin embargo tan terribles: por razones de Estado" (9). En el fondo de todo el razonamiento bakuniniano yace esta repugnancia visceral por la política, repugnancia que halla su mejor expresión en la siguiente máxima: "El fin no justifica los medios." Los comunistas, al caer en la insidiosa (y atractiva) trampa del Poder, se convierten en los jesuitas de la revolución, para quienes cualquier mentira, cualquier mezquindad, cualquier traición es justificable si se realiza a mayor honra y gloria de aquélla. Bakunin enlaza indisolublemente política y sacerdocio, y ve en el Estado la nueva Iglesia del mundo moderno: los políticos son los sacerdotes del Estado, del mismo modo que los sacerdotes eran —y son— los políticos de la Iglesia. Bakunin acusa a los comunistas de temer a la libertad, porque "incluso antes de que sean destruidos los Estados monárquicos, aristocráticos y burgueses existentes, ya sueñan con crear nuevos Estados revolucionarios, completamente centralizados y aún más despóticos que los Estados que ahora tenemos. Estos hombres están tan acostumbrados al orden creado por una autoridad y sienten un horror tan grande ante lo que les parece desorden, pero que únicamente es la expresión franca y natural de la vida del pueblo, que incluso ante un desorden bueno y saludable que produzca la revolución, sueñan en mutilarlo con el acto de alguna autoridad que no sólo no será revolucionaria, sino que será una nueva reacción en el sentido que nuevamente condenará a las masas a estar gobernadas por decreto, a la obediencia, al inmovilismo, a la muerte; en otras palabras, a la esclavitud y a la explotación en manos de una nueva aristocracia pseudorevolucionaria" (10). Y añade:

"No queremos ni deseamos imponer a nuestro pueblo, ni a ningún otro, cualquier esquema de organización social sacado de los libros o inventado por nosotros. Estamos convencidos de que las masas del pueblo llevan en sí mismas, en sus instintos (más o menos desarrollados por la historia), en sus necesidades cotidianas y en sus aspiraciones conscientes o inconscientes, todas las semillas de la futura organización social" (11).

Ya he señalado que Bakunin veía también la necesidad de una organización que impulsara la revolución en todo el mundo. Lo curioso es que los peligros de desviación vanguardista que evidentemente también acechaban a su organización los proyectó sobre la comunista, apuntando una serie de críticas que más tarde se convertirían en proféticas: "Los marxistas dicen que esta minoría estará compuesta de trabajadores. Si, posiblemente de ex-trabajadores quienes, tan pronto como se conviertan en gobernantes y representantes del pueblo, dejarán de ser trabajadores y contemplarán a las simples masas trabajadoras desde las alturas palaciegas del Estado: ya no representarán más al pueblo sino a sí mismas y a sus deseos de gobernar al pueblo... Los marxistas son conscientes de sus contradicciones y se dan cuenta de que un gobierno de científicos será una verdadera dictadura pese a su forma democrática. Se consuelan con la idea de que este gobierno será temporario... Dicen que semejante yugo dictatorial es un paso de transición hacia el logro de la completa libertad del pueblo: el anarquismo y la libertad son el objetivo, mientras que el Estado y la dictadura son los medios y, por tanto, a fin de liberar a las masas populares, ¡primero deben ser esclavizadas!... Ellos insisten en que sólo la dictadura (por supuesto de ellos) puede crear la libertad del pueblo. Replicamos que toda dictadura no tiene otro objetivo que su propia perpetuación y que sólo esclavitud puede generar y fomentar en el pueblo que la sufre. La libertad únicamente puede ser creada por la libertad, por una rebelión total del pueblo y por la organización desde abajo y voluntaria del pueblo... Según el señor Marx, el pueblo no sólo no debe abolir el Estado, sino por el contrario, debe fortalecerlo, agrandarlo y entregarlo a la total disposición de sus benefactores, guardianes y maestros —los líderes del partido comunista, me refiero al señor Marx y sus amigos—, quienes entonces liberarán al pueblo a su modo. Concentrarán todo el poder administrativo en sus propias manos porque el pueblo ignorante tiene necesidad de guardianes poderosos: y crearán un banco central, estatal, que también controlará todo el comercio, la industria, la agricultura y hasta la ciencia. La masa del pueblo estará dividida en dos ejércitos, el agrícola y el industrial, bajo las órdenes directas de los ingenieros estatales que constituirán la nueva clase político-científica privilegiada" (12).

¿No fue eso exactamente lo que ocurrió en la Unión Soviética?

Pero la profecía bakuniniana no se quedó en este punto, sino que alcanzó incluso a la tesis estalinista del socialismo en un sólo país. En plena (y feroz) polémica con Marx, Bakunin soltó el siguiente exabrupto que si bien era tan demencial como las acusaciones lanzadas por los marxistas contra él, tiene un indudable valor premonitorio. Les invitó a escucharlo, sustituyendo a Marx por Stalin, a Bismark por Ivan el Terrible, y allí donde pone Alemania o alemán, a leer Unión Soviética o soviético: "Consideremos ahora la verdadera política nacional de Marx. Al igual que Bismark, él es un patriota alemán. Desea la grandeza y la gloria de Alemania como Estado... Pero, por otro lado, Marx es un famoso socialista y, lo que es más, uno de los principales iniciadores de la Internacional. No se contenta con trabajar sólo por la emancipación del proletariado alemán. Se siente obligado en su honor a trabajar al mismo tiempo por la emancipación del proletariado de to-

dos los países. Como patriota alemán, quiere el poder y la gloria, el dominio de Alemania, pero como socialista de la Internacional, debe desear la emancipación de todos los pueblos de la tierra. ¿Cómo se puede resolver esta contradicción? Sólo existe un modo: proclamar que un poderoso y gran Estado alemán es condición indispensable para la emancipación de todo el mundo; que el triunfo nacional y político de Alemania es el triunfo de la humanidad" (13). ¿No fue eso exactamente lo que proclamó Stalin, refiriéndose a la Unión Soviética, para justificar su famosa tesis del socialismo en un sólo país?

LA EXTINCIÓN DEL ESTADO O EL FATIGADO PERIODO DE TRANSICIÓN

Y, sin embargo, no sólo los anarquistas vislumbraron el peligro de que el Estado pensado por Marx para liquidar a la contra-revolución se volviera contra las masas y se convirtiera en una nueva máquina de explotación y opresión. Escuchen, si no, al propio Lenin: "Mientras llega la fase 'superior' del comunismo, los so-



El Estado de los obreros armados

cialistas exigen el más riguroso control por parte de la sociedad y por parte del Estado sobre la medida de trabajo y la medida de consumo; pero este control ha de comenzar con la expropiación de los capitalistas, con el control de los obreros sobre los capitalistas, y no debe llevarse a cabo por un Estado de burócratas, sino por el Estado de los obreros armados" (14).

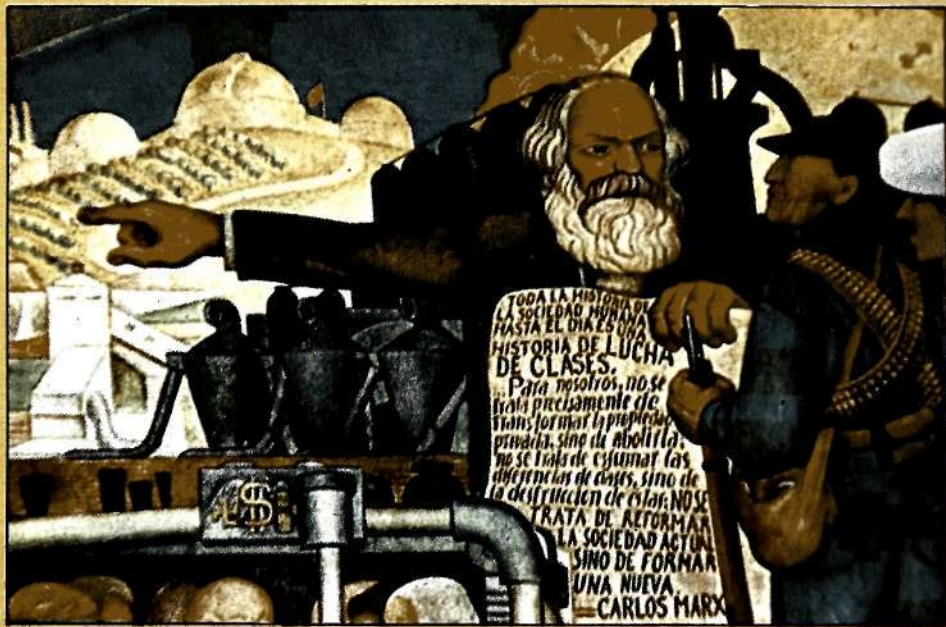
El Estado proletario, por lo tanto, según la teoría marxista-leninista, difiere sustancialmente del Estado burgués, no sólo por la clase social a la que sirve y representa, sino porque lleva en sí mismo los gérmenes de su disolución: "desde el momento en que es la mayoría del pueblo la que reprime por sí misma a sus opresores, no es ya necesaria una 'fuerza especial' de represión. En este sentido, el Estado comienza a extinguirse. En vez de instituciones especiales de una minoría privilegiada (la burocracia privilegiada, los jefes del ejército permanente), esta función puede ser realizada directamente por la mayoría, y cuanto más intervenga todo el pueblo en la ejecución de las funciones propias del poder estatal, tanto menos es la necesidad de dicho poder" (15). La dictadura del proletariado se concibe así como la dictadura que ejerce la mayoría del pueblo sobre la vieja minoría explotadora, y a "los obreros armados" corresponde impedir que no sean sustituidos en sus atribuciones por los burócratas de turno. Llevando su

razonamiento hasta las últimas consecuencias, Lenin propone la implantación provisional de un sistema "en el que todos desempeñen funciones de control y de inspección y todos sean 'burócratas' durante algún tiempo, para que, de este modo, nadie pueda convertirse en 'burócrata'" (16). Y concluye: "Democracia para la mayoría gigantesca del pueblo y represión por la fuerza, o sea, exclusión de la democracia para los explotadores, para los opresores del pueblo: he aquí la modificación que sufrirá la democracia en la transición del capitalismo al comunismo" (17).

Bakunin, en su polémica con Marx, manipuló evidentemente la teoría de éste y utilizó, para rebatirla, el método desgraciadamente habitual entre los revolucionarios de la diatriba acritica. No explicó por qué, a su modo de ver, era "falsa" la tesis marxista de la extinción del Estado: se limitó a mofarse de ella, viendo en la futura dictadura del proletariado la reproducción sin más del Estado burgués. Romántico una vez más, Bakunin creía en el mito de la libertad absoluta: muerto Dios, el Hombre (en mayúscula) había ocupado su puesto arrogándose el atributo divino de la omnipotencia. El Estado sería destruido por un acto supremo de voluntad revolucionaria: lo que el Hombre había creado podía ser liquidado por el Hombre.

Marx era mucho más escéptico y determinista. La Historia, pese a los sueños de los revolucionarios, seguía inexorablemente su curso, y el Estado no podía desaparecer por la voluntad de nadie, sino únicamente por las propias leyes de desarrollo de la sociedad. La idea del hombre libre y todopoderoso perpetuaba, según él, y convenientemente adaptado al panteón profano de la burguesía, el mito, tan caro al judaísmo y al cristianismo, de un dios libre y todopoderoso. Marx, en este sentido, se aproximaba más al pensamiento griego que al judeo-cristiano: por encima de los dioses (o de sus sustitutos, los hombres-dioses wagnerianos) operaba una fuerza determinante y más o menos imprevisible que los antiguos llamaron Hado, pero a la que él decimonónico al fin y al cabo, asignó un nombre menos poético y más susceptible de penetración científica: la Historia.

Consecuente con su visión profana (y profanadora) del mundo (característica de la era científica), Marx penetró la Historia y, buscando las leyes intrínsecas de ésta, llegó a la conclusión de que su motor era la lucha de clases. Puso en cuestión lo que parecía evidente, y a quienes veían por todas partes verdades irrefutables, él (destructor de ídolos como todos los grandes hombres de su siglo) les tachó de fetichistas. Mostró como nadie los resortes ocultos de la sociedad capitalista y descubrió que ésta engendraba en su seno a la clase llamada a destruirla. Consideró a dicha clase el embrión de una sociedad distinta en la que se desembocaría ineluctablemente por el propio desarrollo de las fuerzas productivas: al llegar a determinado punto, en efecto, este desarrollo se vería bloqueado por las relaciones de producción existentes, de modo que sería necesario transformarlas para despejar el camino. Los revolucionarios, de esta forma, no podían desempeñar otro papel que el de aliados de la Historia (y no el de dioses ex-machina enviados por alguna instancia celestial para cambiar súbitamente el curso de Aquélla), y su misión consistiría en dar el golpe de gracia a una sociedad moribunda, impidiendo que el cuerpo en descomposición perdurara por los siglos de los siglos. De la sociedad capitalista se pasaría, tras un pe-



Marx señala a los obreros el camino al socialismo (mural de Diego Rivera)

riodo de transición más o menos largo (la dictadura del proletariado), a la sociedad comunista, entendida como una sociedad sin clases, sin Estado y sin explotación del hombre por el hombre: "En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades!" (18). Sólo entonces, añadiría yo, siguiendo al pie de la letra el razonamiento marxiano, desaparecerá el Estado, al haber desaparecido su razón de ser: la lucha de clases. La dictadura del proletariado se sitúa, por tanto, entre el sórdido presente y el hermoso mañana descrito por Marx. Período de transición más o menos largo, pero no eterno: concluirá cuando haya tomado cuerpo la nueva sociedad. Esta debe crecer al calor de aquella dictadura, destinada precisamente a impedir que la inercia de lo viejo aplaste prematuramente al cuerpo que está naciendo. Hasta que la burguesía no sea liquidada en todo el mundo (es decir: hasta que se produzca la revolución mundial), sería ingenuo y fatal para un proletariado triunfante abdicar de la vigilancia revolucionaria. Pero tan fatal sería permitir que, con la excusa de la auto-defensa, se interpusiera, entre una y otra sociedad (la capitalista y la comunista), no un período de transición, sino una tercera sociedad que, sin ser estrictamente capitalista, reprodujera en su casi totalidad "el estrecho horizonte del derecho burgués", perdiendo de paso su carácter provisional.

Las palabras de Bakunin resultaron proféticas en la Unión Soviética. La dictadura del proletariado, al no haber sabido resolver el partido bolchevique la contradicción vanguardia-masas, degeneró en una dictadura ejercida sobre el proletariado por una nueva clase (burocrático-científico-técnica) que creó unas "fuerzas especiales

de represión" y, en general, un aparato estatal tan "permanente" y profesionalizado como el de cualquier país capitalista. Este "Estado de burócratas", sin embargo, y pese al razonamiento bakuniniano, no tiene nada que ver con el "Estado de obreros armados" en el que pensaron Marx, Engels y Lenin basándose en las ricas experiencias revolucionarias de la Comuna de París: "La Comuna tuvo que reconocer desde el primer momento que la clase obrera, al llegar al poder, no puede seguir gobernando con la vieja máquina del Estado; que, para no perder de nuevo su dominación recién conquistada, la clase obrera tiene, de una parte, que barrer toda la vieja máquina opresora utilizada hasta entonces contra ella, y, de otra parte, prever contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos, sin excepción, revocables en cualquier momento" (10).

Y ahora escuchemos a Bakunin: "En consecuencia, la Revolución empezará destruyendo, sobre todo, todas las instituciones y todas las organizaciones, iglesias, parlamentos, tribunales, administraciones, bancos, universidades, etcétera, que contribuyen a la vida del Estado... Después del derrocamiento del gobierno establecido, las comunas deben reorganizarse de una forma revolucionaria, eligiendo tribunales y administradores revolucionarios sobre la base del sufragio universal y del principio de que todos los oficiales deben ser responsables, directa y efectivamente, ante el pueblo" (20).

Si analizamos detenidamente estos dos textos veremos que las divergencias entre Bakunin y Marx no eran tan enormes como parece a primera vista. Existe, más bien, una diferencia de terminología. Bakunin, como creo haber apuntado en otro lugar, experimentaba una repugnancia casi fetichista ante la sola mención de la palabra Estado. Ahora bien, ¿qué son esos "tribunales y administradores revolucionarios" sino elementos constitutivos de un Estado? ¿Por qué no llamar a las cosas por su nombre? Lo mismo se puede decir de la palabra política. A pesar de su animadversión por todo lo que significara una cortapisa para la "ilimitada" libertad humana, tanto Bakunin como sus seguidores comprendieron la necesidad de organizarse e incluso de mancharse las manos en la repugnante política de cada día (recuérdese el vo-

to in extremis de los anarquistas en favor del Frente Popular y la participación de Federica Montseny y José García Oliver en el gobierno de Largo Caballero). Lamentablemente la teorización anarquista sobre la destrucción del Estado y la transformación revolucionaria de la sociedad no ha pasado todavía la prueba de fuego de la experiencia, y por lo tanto nadie sabe lo que habría ocurrido con las organizaciones anarquistas después de una revolución capitaneada por ellas (la revolución española no es una excepción: aunque en el año que va de Julio del 36 a Mayo del 37, y sobre todo en Cataluña, los anarquistas impulsaron formas de poder popular y de organización social en donde las masas desempeñaban un papel protagónico, no se puede predecir el futuro de estas experiencias de haberse extendido a todo el territorio español en el marco de una revolución triunfante: también la URSS de inmediatamente después de la revolución de Octubre estuvo llena de experiencias de este tipo, impulsadas por los comunistas).

El problema (y perdonen la reiteración) conduce de nuevo al mismo lugar: ¿cómo resolver la contradicción vanguardia-masas? (contradicción que, dicho sea de paso, no ha sido tratada tanto por los anarquistas como por los comunistas y, en concreto, por los comunistas chinos). Y en mi opinión el encono al que llegó la lucha entre anarquistas y comunistas (lo mismo que entre estalinistas y trotskistas) se debió fundamentalmente a que era una lucha entre vanguardias por hegemonizar el movimiento revolucionario: lucha fratricida en la que al pueblo le tocó jugar casi siempre el triste papel de espectador: lucha nefasta que conduce necesariamente (como demuestra la historia) a la esterilidad, a la confusión y a la derrota.

Lucha, en fin, que debe superarse mediante un debate abierto y una crítica serena con la mirada puesta en la consecución de un objetivo impostergable: la reconciliación popular.

(Pero esto será tratado en otro artículo). ■

1 Circular enviada por la Federación Jurásica de la Internacional a todas las federaciones de la Internacional en Noviembre de 1871. Recogida en "Apuntes biográficos de Bakunin por James Guillaume" (La Anarquía según Bakunin, edición a cargo de Sam Dolgoff, Tusquets Editor, 1976).

2 Lenin. "El Estado y la Revolución", Cap. IV, 2. (Obras escogidas, Editorial Progreso, Moscú 1971).

3 Marx, "El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", citado por Lenin en op. cit. Cap. II, 2.

4 Lenin, op. cit. Cap. I, 4.

5 Bakunin, "El Programa de la Hermandad Internacional" (Ed. cit.).

6 Bakunin, "Catecismo Revolucionario" (Ed. cit.).

7 Bakunin, "Federalismo, Socialismo y Antiteologismo" (Ed. cit.).

8 Bakunin, op. cit.

9 Bakunin, op. cit.

10 Bakunin, "El Programa de la Hermandad Internacional" (Ed. cit.).

11 Bakunin, "Crítica de la Teoría Marxista del Estado" (Ed. cit.).

12 Bakunin, op. cit.

13 Bakunin, "La Internacional y Carlos Marx" (Ed. cit.).

14 Lenin, op. cit., Cap. ev. 4.

15 Lenin, op. cit., Cap. III, 2.

16 Lenin, op. cit., Cap. VI, 2.

17 Lenin, op. cit., Cap. V, 2.

18 Marx, Crítica del Programa de Gotha, Ricardo Aguilera Editor, Madrid 1968.

19 Engels, Prefacio a la tercera edición de "La Guerra Civil en Francia" de Carlos Marx, citado por Lenin en op. cit. Cap. IV, 5.

20 Bakunin, "Catecismo Nacional" (Ed. cit.).